

Elegía al río. (*)

Por LUIS PEÑA BASURTO

“Aujoiird’hui, des rivières comme l’Oria et son
“afluente le Leizaran, comme l’Urola et la Bidassoa,
“sont tellement captées qu’en été on n’y voit plus q’un
“fillet d’eau malprope et nauseabonde serpenter dans
“ce qui fut autrefois leur lit écument”. De la Guía tu-
rística “PAYS BASQUE FRANCAIS ET ESPAGNOL.—
Cap. Geographie economique”; Apartado “L’industrie”.
Pág. 16. Por el prof. PIERRE LAMARE. “LAS GUIAS
AZULES”. Librería Hachette.—París, 1954 (**).

Es forzoso que me refiera al río del País en términos elegíacos antes de que desaparezca definitivamente y quede el territorio inhabitable. Lo hago espoleado por el dramatismo cierto del momento, por mi propio interés, por los continuadores de mi estirpe y por la voz amiga, que, en 1954, vió y olió el drama indicándonoslo con honradez. He de confesar que la inspiración me la ha dado un canto escrito en 1922 que, no yo, nadie será capaz de mejorarlo poniendo en el lenguaje mas acento o más amor.

* * *

Vedme. ¡Soy el resto de uno cualquiera de los pequeños ríos vizcaínos y guipuzcoanos sobre cuyas orillas se edificaron caseríos aislados, aldeas, villas y casa-torres. Es cierto que siempre fui pe-

(*) Arreglo del artículo titulado “EL RIO” publicado en el número 6.558 de “La Voz de España” de San Sebastián, el 19 de noviembre de 1957.

(* *) Traducción: “Actualmente, ríos como el Oria y su afluente el “ Leizaran, como el Urola y el Bidasoa. están de tal modo captados que “ en verano no se ve de ellos sino un hilillo sucio y nauseabundo que “ serpentea en lo que antaño fué su colérico lecho”.

queño, pero siempre cumplí mis obligaciones con la naturaleza y la gracia era uno de mis títulos mejores; voluble, nunca gusté que mis aguas discurriesen procelosas lamiendo márgenes rectilíneos. Nacía, como ahora, en un recoveco de las altas cumbres, surgiendo entre peñas y nubes; la niebla, la lluvia o la nieve apenas me permiten que brille un día al sol. Mi nacedero se llamó "Iturri", al igual que los de mis congéneres, pero para diferenciarme, vanidoso antepongo el nombre del lugar en el que nazco; soy "Pardelutz iturri". Al licuarse el hielo de la última glaciación fui muy poderoso y para abrirme camino hasta el mar —mi padre— tallé las calizas, lo mismo que otros empujaron montones de lajas paleozoicas o gastaron la ofita en siglos y siglos...

Ahora soy viejo y carezco de fuerza. Al principio me deslizo haciendo culebrear mis escasas linfas en el fondo de mi alvéolo y egoísta, voy recogiendo en mi curso las canciones y los caudales de otros arroyos de nombres tan extraños como el mío. Salto y brinco cada vez con más ímpetu hasta lanzarme alocadamente en el gran desnivel; golpeando todo con furia, como en mis buenos tiempos, salvo abismos desde cuyo fondo, a veces, no veo el firmamento. Sin respiro, me remanso abajo entre las mismas rocas que arrastré desde lo alto, cuando joven, y reemprendo la marcha entre avellanos, abedules y acacias, apropiándome de cuantos mantedales brotan del sotobosque umbrío.

Hasta aquí sigo siendo el que fui, pero, ¡ay, que en adelante he de hablar siempre en pasado!... Sí, discurría luego tranquilo e idílico por valles más anchos y soleados, dejaba que el sol me evaporase y me esparcía sobre ellos vivificándoles con mi humedad, o los cubría al alba de rocío. En mi espejo sereno se reflejaba todo: el espacio, la enramada, la verde falda de la montaña, el viejo palacio, el caserío y la choza. Cruzaba pueblos, villas y ciudades que me ensuciaban —cierto—, pero, comprensivo, perdonaba el ultraje, sabiendo que más adelante encontraba amigos que me ayudaban a limpiarme, cediéndome sus cristalinos aforos. Como una de las cualidades de mi naturaleza es la de carecer de color propio, me vestía a placer: y por puro mimetismo parecía verde, negro o azul, según el color de lo que me rodeaba. Al atardecer mi superficie se tornaba azulada y por la noche me recogía en el rumor de mi viaje y disfrutaba de mí mismo llenándome de ensueños al dejar que durmieran en mi fondo la luna y las estrellas. ¡Tenía la certidumbre de ser el tesoro más preciado del hombre, y el adorno más bello del paisaje! Al amanecer, mis on-

das dulces se amargaban con las del Océano en el fangoso estuario y cumplía el inflexible ciclo al que estoy sometido entregándome a él entre acantilados sombríos.

En la canícula sabía dónde había remansos profundos y me deslizaba hasta ellos reptando entre las rocas y los guijos multicolores y, allí, filtrándome gota a gota en el subsuelo buscaba el fresco labrando un mundo tenebroso de maravilla para mí solo. En el otoño avanzaba entre las hojas secas respirando mi propia humedad, recreándome en ese algo melancólico indescriptible que lo envuelve todo, colaborando con el viento templado y las nubes de color de rosa, a sostener un ambiente de aire ensoñador y nostálgico. Veía caer las manzanas silenciosamente sobre la yerba de mis orillas y a los maíces dorarse en las heredades próximas. Miríadas de libélulas con sus alas de tul todavía rasan mi superficie y los "zapateros" saltan atrás y adelante, sin apenas tocarme; mas las aves viajeras ya no vienen a beber a mis ribazos... Al principio del invierno mujo como un toro y, en ocasiones, lleno de ira, me lanzo furioso monte abajo envalentonado por las lluvias torrenciales, pero más tarde me acoquino, me hielo y encanezco...

Desde hace, acaso, más de quince mil años conozco al hombre que habita la comarca que recorro. Habitó junto a mi en cavernas que le hice orientadas al mediodía. Venía a pescar truchas, cangrejos y salmones a mis lindes y cazaba en los alrededores porque más allá todo era misterio y soledad: era el "Baso" intrincado poblado de fieras y terrores imaginativos. Unos se sucedieron a otros; los primeros emitían sonidos inarticulados, pero un día entendí que me llamaban "Ur" y poco más tarde "Ibaia". Como noté que me adoraban yo les hacía sentir en ocasiones el peso de mi poder; creciendo y creciendo anegaba sus cobijos y les ahogaba para que los supervivientes me adorasen siempre... Pero, aprovechándose de mi decrepitud, me perdieron el miedo y me dominaron. Ocuparon irracionalmente mis territorios y no sólo se instalaron en ellos, sino que los rellenan, convirtiéndome en vertedero de derrubios y escorias; e incluso me apresaron, llevándome por caminos de cemento y piedra hasta donde quieren, obligándome a mover sus ingenios, y me llamaron "Puertza" .

Celosos de su conquista se apresuraron a reglamentar mi uso entre ellos, mas pronto la sabia legislación fué letra muerta y la codicia de unos, la condescendiente complicidad de otros y la cesión paulatina de derechos por todos me llenó de inmundicias. Ahora, me llame como me llame, ya no soy el que fui: una espe-

sa capa de basura, blanca o rojiza, cubre mi escasa masa en toda mi longitud y he quedado ciego. Me capturan una y otra vez, decenas de veces; me envenenaron con tóxicos y todo ha muerto en mis líquidas entrañas. Como sé que ellos se multiplican como las arenas del desierto, me aprovecho de todas sus torpezas y me vengo; enrono sus presas hasta que quedan inútiles, cubro de pestilentes limos sus riberas, saturó de miasmas la atmósfera que respiran. Cuando puedo —como hace poco— les aterrorizo con mi crecida, o les hago sentir mi inmisericorde rencor, como en el pasado, arrasando sus bienes y poniendo en peligro sus vidas. Minuto a minuto, sigo cavando en lo profundo en busca de libertad...

